

BORDETAS JIMÉNEZ, Iván; ORDÁS GARCÍA, Carlos Ángel (coords.), *A pie de calle. Discursos y prácticas de los movimientos sociales durante la transición a la democracia en España (1975-1982)*, CEPC, Madrid, 2025, 384 pp.

La conmemoración del cincuentenario del inicio simbólico de la transición democrática en España, asociado a la muerte de Franco, motiva la publicación de esta obra colectiva que se inscribe dentro del debate historiográfico aún abierto sobre el significado y los resultados de este proceso histórico. Sin adscribirse de manera nítida ni a las interpretaciones más triunfalistas ni a las más críticas, el volumen propone una lectura matizada que atiende tanto a las luces como a las sombras de la transición. No obstante, el libro sostiene con claridad dos planteamientos fundamentales: por un lado, que la transición no fue la creación intelectual de una élite política que condujera a una sociedad desideologizada, pasiva y carente de cultura democrática; por otro, que el desenlace alcanzado no fue, en absoluto, el único posible. Desde esta perspectiva, con el objetivo manifiesto de cuestionar el relato, la obra adopta, incluso en el plano formal, una voluntad demitificadora, visible en el uso sistemático del término transición en minúscula.

Los movimientos sociales constituyen, precisamente, uno de los actores que han quedado al margen de los grandes relatos sobre la transición, a pesar de que la conflictividad social representó una de las principales grietas del franquismo en sus años finales. Como señala la obra, no fue hasta la década de 2010 cuando se consolidó una corriente de historia social y de los movimientos sociales en torno a la transición, orientada a devolver agencia a la sociedad civil en este período. A esta línea de investigación se suma el presente volumen, que centra su atención en los discursos, las prácticas y las valoraciones que estos colectivos desarrollaron en torno a dicha etapa histórica.

De este modo, el libro pone de manifiesto que el movimiento vecinal (Iván Bordetas Jiménez), el ecologista (Juan Manuel Brito Díaz), el de liberación sexual (Giulia Quaggio), el de las radios libres (José Emilio Pérez Martínez), el estudiantil (Jordi Sancho Galán), el sindicalismo agrario (Alba Díaz-Geada), el movimiento feminista (Soraya Gahete Muñoz y Carlos Ángel Ordás García), el obrerismo (Cynthia Luz Burgueño) o el movimiento pacifista y antimilitarista (Carlos Ángel Ordás García) mantuvieron posiciones críticas frente a los principales hitos políticos de la transición, como la Ley de Reforma Política, los Pactos de la Moncloa o la Constitución.

Más allá de críticas y propuestas concretas según el ámbito de actuación de cada movimiento, todos ellos coincidieron en valorar los cambios como excesivamente limitados, en señalar numerosas continuidades con la dictadura y en denunciar la escasa participación ciudadana en el diseño del nuevo sistema. Es más, muchos de ellos vieron que estas medidas otorgaban una nueva legitimidad a las

instituciones (ejército, monarquía), a las políticas (desarrollismo) y a las formas de hacer (autoritarismo, falta de participación, opresión) del franquismo, dando vida a la idea de que la dictadura no concluyó con la muerte del dictador.

Aunque el libro no ofrece una perspectiva comparada en sentido estricto, en su conjunto, permite superar interpretaciones aisladas y vislumbrar una visión común, una alternativa general y una cultura política similar que explican la militancia múltiple que se dio en muchos casos. Frente a la reforma consensuada por los principales partidos políticos, incluidos los de izquierda, los movimientos sociales siguieron reclamando la ruptura y una transformación profunda de la política y la sociedad, el fin del autoritarismo y de la tutela paternalista, así como el ejercicio de la democracia directa por medio de métodos asamblearios, participativos y autogestionarios orientados a garantizar la soberanía popular y una distribución del poder. En este contexto, mantuvieron una posición distante respecto del PSOE y el PCE, a quienes acusaron de haber abandonado el camino revolucionario —entendido como cambio radical— y se mantuvieron más próximas a las formaciones de la Nueva Izquierda situadas a su izquierda, lo que contribuyó a la politización de sus demandas y a su progresiva articulación en clave claramente anticapitalista.

Por otro lado, aunque el libro se centra en las posiciones más críticas dentro de los movimientos sociales, también reconoce que otra parte de su militancia sí que reconoció el proceso como propio y vieron en él el inicio de una fase positiva de adquisición de derechos.

En cualquier caso, aunque a distinta velocidad y en diverso grado, los distintos capítulos coinciden en señalar que los movimientos sociales fueron perdiendo fuerza conforme avanzó la transición. A ello contribuyeron factores internos, como la falta de coordinación o la desunión, pero especialmente factores externos. A la propia desaparición de la dictadura, que había actuado como catalizador de su movilización, se sumaron la amenaza de un golpe militar, la violencia terrorista y el temor a perder el control de la situación, lo que incentivó la priorización de estructuras verticales, como partidos y sindicatos, para canalizar la participación ciudadana. En otras palabras, a los movimientos sociales se les impuso un freno «desde arriba». Su limitada influencia en la creación del nuevo sistema no se debió a la falta de potencial humano, sino al hecho de que no fueron reconocidos como agentes activos de construcción democrática, lo que provocó el trasvase de algunos militantes hacia los cauces institucionales y la desilusión y desencanto del resto. Junto con su desactivación, también quedó atrás la idea de crear algo nuevo: un sistema más participativo y un cambio más profundo.

El resultado final de la transición fue la creación de una democracia liberal basada en el capitalismo económico, la representación política y las alianzas militares propias de la Guerra Fría. Es decir, exactamente lo mismo que en el resto de países del entorno, «ni menos, ni más» (p. 26). Pese a todo, el libro reconoce de forma clara a los movimientos sociales como agentes democratizadores, no solo

porque fueron unos de los grandes impulsores de la transición, sino también porque consiguieron colocar algunas de sus demandas en la agenda política y en la opinión pública y, sobre todo, porque contribuyeron a generar una cultura política democrática popular fundamentada en la participación, el activismo y el inconformismo.

De esta manera, el conjunto de la obra puede entenderse como una invitación a reflexionar sobre el significado mismo del concepto de democracia. Aunque no ofrece una definición estricta, a lo largo de sus páginas se percibe una visión que se aleja de la mera democracia institucional e incorpora dimensiones como la justicia social, ambiental, informativa, cultural, sexual, educativa y de género. Más allá de concebir la democracia únicamente como la elección de representantes cada cuatro años o la ampliación de derechos políticos y civiles, la obra la plantea como una experiencia cotidiana, un valor y una aspiración a un modelo concreto de desarrollo y de distribución del poder.

Irene Ramírez Pérez-Nievas